

edita el llamado movimiento Armada Liberación de Colombia, liderado por el comandante El Lobo que se halla por los lados de Monpox y el cual tiene relación con el narcotráfico; es decir, en la película se reproduce la relación guerrilla, narcotráfico y terrorismo. De la misma manera se horroriza el conflicto en una especie de barbarie desenfrenada que amerita una pronta solución, para la cual el ciudadano elegido es Arnold, y el escenario de terror y terrorismo es la patria [¿boba?] de Colombia.

Pero el caso de la película *Daño Colateral* es sólo un ejemplo de tantos en la historia cinematográfica de ese país y de su uso político y estigmatizante para con la otredad, según ellos, amenazante. Algo semejante ocurrió, nos comenta Paul Virilio, cuando "junto a la radiofonía o con los espectáculos vivientes de Nuremberg y de otros lugares, el cine hablado se convertirá en uno de los instrumentos predilectos de los totalitarismos nacientes. Si, para Mussolini, la cámara es el arma más fuerte, para Stalin, en el mismo momento, el cine es el instrumento más eficaz para la agitación de las masas" [Virilio, 2001: 92]. Es decir, los medios de comunicación quedan en las redes del usufructo político y guerrero, agenciando las representaciones enemigas vueltas bien de consumo y entretenimiento. Como sucede, para terminar los casos, con la serie presentada por el canal Fox: *24 Horas*, en la cual las dos últimas temporadas ha centrado su atención (invención, fabricación) en dos de los terrorismos más oprobiosos del mundo, según Bush: el del medio oriente y el de los países de la ex-Unión Soviética, que, coincidentalmente en la serie, dicen luchar por su soberanía nacional⁷.

Pero no sólo el cine queda atrapado en esas redes de manera evidente, sino, y como quedó demostrado luego del ataque a las torres gemelas, el periodismo y las agencias de noticias radiales y televisadas sufren su mayor disciplinamiento social y político. En nombre de la seguridad del país, la defensa de la dignidad nacional y el mantener bien informados a los ciudadanos desde la perspectiva del establecimiento, los medios achican su capacidad de maniobra comunicativa y de análisis. Bien lo ha señalado Pierre Bourdieu, aún sin la caída de las torres, cómo el campo periodístico es fuertemente controlado por los grandes dueños de las agencias informativas que priorizan sus intereses económicos y políticos, por encima de los intereses ciudadanos y democráticos. Bourdieu ha

⁷ En el mismo sentido se ubica la última película de Michael Douglas, Kim Basinger y el protagonista de la serie *24 horas*, llamada 'El Centinela'.

resaltado cinco aspectos centrales de esta relación conflictiva: i]. Una censura invisible, ii]. Ocultar mostrando, iii]. La circulación circular de la información, iv]. La urgencia del 'fast thiking', v]. Unos debates verdaderamente falsos o falsamente verdaderos [Bourdieu, 1996]. Un análisis detallado de cada uno de ellos sobrepasa las intenciones de este texto, pero señalan un buen camino de interpretación al respecto; sobre todo en la actualidad donde la relación entre política, medios y control social de las representaciones del mundo se exagera exponencialmente, colocando en riesgo la independencia de información y la democracia comunicativa.

En ese orden de ideas, cabe mencionar que la práctica de la censura informativa operada desde los dueños de los medios, en 'obediencia' o lealtad con los gobiernos es evidente, incluso ocultándola bajo la figura de la defensa de la seguridad nacional, o el control en la transmisión de mensajes cifrados o subliminales por parte del enemigo o la negativa de permitir al adversario que sea visto en los medios. Dicha censura termina presentando una información y unas imágenes repetitivas (el segundo avión derrumbando la torre sur hasta al cansancio) que ocultan las reflexiones profundas sobre los acontecimientos. Este mismo ejemplo de las torres sirve para comentar, a manera de ejemplo, la práctica de ocultar mostrando, ya que mientras las gentes se sienten informadas con la trágica imagen del avión, se descontextualizan los hechos ocurridos y se promueve una visión de ellos que no permite comprender y mirar las diversas opciones de interpretación que el hecho supone, sobre todo cuando los intereses religiosos, políticos o económicos se sienten afectados. Se muestra la imagen y se habla de la noticia, pero sin la profundidad de análisis que merecen. Así mismo, existen casos donde los medios en su conjunto, o una mayoría, decide hacer uso por igual de las mismas imágenes, titulares, fotografías, argumentos y emociones, que terminan por construir y justificar una noticia y la vuelven 'verdad'; este acto es la circulación circular de la información que, haciendo uso repetitivo y similar en diferentes medios de información, terminan elaborando un mapa de opinión y de imaginarios que colonizan cualquier interpretación divergente. Estos dispositivos, someramente comentados, configuran una verdadera máquina de producir opiniones y representaciones del mundo nada neutrales en sus búsquedas informativas y políticas.

Si bien, los planteamientos del pensador francés tienen una fuerte carga determinista con relación a los medios, es importante resaltarlo en el sentido de que esta práctica es la elegida por los aliados y sus fines no tan inmediatos. La guerra mediática configura verdades que se legitiman, a través de dispositivos comunicacionales, en la 'aldea global'. Y quizás no sea un fenómeno tan nuevo, por decir algo, en comparación con la utilización de la cinematografía de parte, especialmente, de los norteamericanos para trastocar realidades históricas, construir imágenes autolegitimantes y monstruos amenazantes salidos de otros países o del espacio sideral. Los medios encarnan hoy los trayectos, tensiones e intereses que la guerra y sus actores, sobre todo los dueños de ellos, colocan como 'verdades' de esa historia conflictiva. Es una batalla de representaciones sobre la definición de aquello que debe ser el mundo, de sus conflictos, armonías y habitantes; batalla que supone la normalización de jerarquías, autoridad y dominaciones. Bien lo ha planteado Stuart Hall (2003) y Cristina Rojas (2001): "la violencia también existe en la representación". Una representación ahora profundamente mediatizada.

Y es tan significativa esta batalla de representaciones o lucha de interpretaciones del sentido y 'orden' del mundo, y no su monopolio, que Donald Rumsfeld, Secretario de Defensa estadounidense, se tomó el tiempo para señalar que las guerras actuales tienen un escenario de definición central como lo son los medios de comunicación, y acusa a los terroristas de tener gran influencia y una estrategia definida en este aspecto. El secretario, reconociendo lo anterior, llega a la conclusión de que "por esa razón, será necesario también adoptar nuevas formas de atraerse al público de todo el mundo... Tenemos que examinar la posibilidad de crear nuevas organizaciones y formular nuevos programas que puedan desempeñar un papel igualmente valioso en la guerra contra el terror". He resaltando la palabra atraer para significar el sentido de esos nuevos programas y organizaciones que propone el secretario de defensa, ese atraer que parecería indicar entrar en el juego de la cooptación mediática como cualquier reality con sus lógicas de mercadeo y usufructo de las sensibilidades sociales, reconociendo que los canales árabes se han detenido en mostrar los desastres humanos que las bombas inteligentes han causado en Irak y Afganistán. Dichos canales han producido otra representación de los hechos en contraposición a la versión de los aliados. Pero Rumsfeld va más allá y anuncia lo que sería el centro de la

programación, edición y venta de información que tendrían los nuevos programas:

"Estamos librando una guerra en la que está en juego la supervivencia de nuestra forma de vida, y el centro de gravedad de esta lucha no es sólo el campo de batalla. Es una puesta a prueba de las voluntades y se ganará o perderá en el tribunal de la opinión pública mundial. Mientras que el enemigo tiene habilidad para manipular los medios de comunicación y utilizar los instrumentos de comunicación para su provecho, nosotros también tenemos una ventaja: la verdad está de nuestra parte y, en última instancia, la verdad gana" [Rumsfeld, 2006: 1-28].

Más explícito no puede ser el panorama e intención de la guerra norteamericana contra el terror: acentuar que ellos son la verdad en sí misma y esculpir en la otredad la imagen del manipulador, de aquellos que están usando perversamente la opinión e información, y frente a los cuales se hace necesario arrebatarles la posibilidad de la palabra porque, como lo dice el secretario, "saben que las comunicaciones trascienden las fronteras y que una sola crónica, manejada hábilmente, puede hacer tanto daño a nuestra causa - y ser tan útil a la suya - como cualquier ataque militar" (Rumsfeld, Ob.cit: 1-28).

Colombia: ¿Una aldea en la globalidad del terror?

Una de las advertencias y sugerencias que ha hecho Ulrich Beck, pensador alemán, es "que nada de cuanto ocurra en nuestro planeta podrá ser un suceso localmente delimitado, sino que todos los descubrimientos, victorias y catástrofes afectarán a todo el mundo y todos deberemos reorientar y reorganizar nuestras vidas y quehaceres, así como nuestras organizaciones e instituciones, a lo largo del eje 'local-global'" (Beck, 1998: 40). Lo cual invita a entender que las dinámicas del mundo contemporáneo se cruzan las diversas escalas sociales y las reacciones o efectos colaterales que luego del 11-S se han presentado implican, de alguna manera, a Colombia. Implicación que no debe entenderse como una especie de autoafirmación sádica del terror y la barbarie nacional y de continuidad de una 'cultura de la violencia o violenta' que encasilla la historia, sus interpretaciones y representaciones sociales académicas y cotidianas, que pueden terminar hipostaciando nuestra realidad. En su lugar es importante recordar la sentencia de Walter Benjamín: 'todo

documento de barbarie es un documento de cultura'; lo cual supone esa mirada local que no es narcisismo edificante, pero tampoco una vuelta a la desgracia histórica de una violencia como esencia de la identidad nacional.

Atendiendo a lo anterior, es interesante resaltar que luego de la caída de las torres gemelas el Departamento de Estado norteamericano publica nuevamente su lista de terroristas del mundo, ello con el objeto de empezar a darle nombre y rostro al terrorismo en contra de sus intereses. Lo ya advertido, la mención a las FARC, al ELN, y a las AUC en la lista. Pero ello no quedó sólo en esa mención, Francis Taylor coordinador antiterrorista del Departamento de Estado, anuncia el combate contra el terrorismo en Colombia y colombiano; a la vez se anuncia la adición de cincuenta millones de dólares para el plan Colombia y su lucha contra el terrorismo; de igual manera se insiste en la definición presupuestal para la Iniciativa Regional Andina de 750 millones de dólares con la intención de fortalecer tanto la lucha contra el terrorismo como la defensa de sus intereses, su seguridad nacional y su asentamiento en la región⁸. Luego de la caída de las torres la representación e identificación de los 'otros' terroristas es evidente y en tal sentido se debe proceder con todos los dispositivos a la mano para ubicarlos y buscar su eliminación. Es la violencia de la representación en su pleno ejercicio.

A la par de estos hechos no han faltado las reacciones legitimantes de ciertos sectores de la sociedad sobre una estrategia más fuerte en nuestro país por parte de los estadounidenses que, irresponsablemente y amparados en sus críticas al proceso de paz Pastrana, en sus precarios alcances, en las acciones insurgentes y en la aurora salvadora de Uribe, se ha pretendido utilizar, recurriendo a la vacuidad del uso masivo del término terrorismo, una justificación para la intervención. Son notables las editoriales de Plinio Apuleyo Mendoza, en especial aquella del 'Caramelo Envenenado' (2001: 21A), donde globaliza el conflicto colombiano a través de las insurgencias como parte de un enemigo planetario, despolitizando el conflicto y ubicándolo en un sin sentido peligroso, tan peligroso como su comparación con Ira, Eta y AlQaeda, confirmando una semejanza que desconoce las historias y los contextos particulares de los conflictos. En esa misma línea Luis Noé Ochoa, utilizando un

⁸ No debemos olvidar la última entrega que hará el gobierno norteamericano a Colombia de 26 millones de dólares para continuar con la lucha antiterrorista.

neologismo de su cosecha nos presenta un tal 'Caguanistan', lleno de sórdidas realidades para el resto del país [Ochoa, 2001: 1-14]. Lo anterior llega a su clímax con las declaraciones del presidente Álvaro Uribe Vélez al reducir el conflicto armado colombiano y sus precedencias históricas a una amenaza terrorista o 'pequeños talibanes' o 'talibanes criollos' [Silva, 2001].

Considero que tales menciones nutridas de la indiscriminada utilización de los términos y su aplicación a contextos particulares sólo reproducen, lo que Pierre Bourdieu sugirió como un racismo de la inteligencia: "aquellas formas del lenguaje académico que haciendo uso de su poder de clasificación de los acontecimientos, termina produciendo "una teodicea de su propio privilegio, como diría Weber, eso es, una justificación del orden social que ellos dominan. Es lo que hace que los dominantes se sientan justificados de existir como dominantes, que sientan que son de una esencia superior" [Bourdieu, 1999: 277]. He ahí el peligro que enfrentan las ciencias sociales a la hora de dar cuenta de los hechos, su supuesta neutralidad valorativa queda acorralada en las opciones interpretativas y políticas que sus autores le otorgan. ¿Acaso los hechos del 11 de septiembre no sirvieron para que ciertos científicos sociales del orden imperante no se lanzaran en una cruzada académica emparentada con la 'justicia infinita'?, ¿o ayudaron a justificar la guerra de invasión a Afganistán e Irak bajo una supuesta guerra de civilizaciones o la democratización del medio oriente?; y en tono local ¿muchos analistas no se valieron de esta coyuntura histórica para catalogar de terrorista nuestro conflicto?

Si bien muchos y muchas estemos aún esperando resultados más políticos para el país de los procesos de paz y de igual manera no compartamos algunos métodos de protesta social, popular o insurgente, ello no debe abocarnos a una satanización, a través del lenguaje y los medios de comunicación, proclive quizás indirectamente a un escalonamiento más fuerte de la guerra, a cerrar los pocos intersticios a posibles salidas distintas a la confrontación. No debemos entender la opción de una salida negociada al conflicto o la apertura de espacios reflexivos como una inutilidad política, desgastada e impertinente. No debemos dejar que las representaciones, imágenes y el discurso del terrorismo deshistoricen la complejidad de nuestros conflictos y menos que entreguemos al sin sentido la fortaleza de la comprensión develadora de nuestros dramas.

Debemos negarnos a reproducir la sentencia de Bush: quién no esta conmigo esta contra mí, está con el terrorismo y, por extensión, es terrorista.

Tal sentencia para el caso colombiano es una bomba latente e impredecible. Un conflicto repleto de tensiones, tragedias, opciones y desconciertos bajo esta sentencia anularía de ipso facto un camino distinto a la guerra; ello no quiere decir que nuestro conflicto y los procesos para su superación no ameriten la crítica constante y constituyente, por el contrario, es esa crítica la que debemos dejar navegar y no permitir su naufragio, un tanto peor que el del Titanic. En tal sentido, es mejor estar atentos a los desarrollos de nuestro conflicto para darle su lugar particular en medio de la homogenización terrorífica. Porque la verdad, los últimos acontecimientos empiezan a configurar un escenario donde los actores, incluso sectores de la llamada sociedad civil, abogan por profundizar el llamado plan B; escenario que luego de la aprobación de la Ley de seguridad Nacional, el Estatuto Antiterrorista, junto al debate en la Comisión Nacional de Televisión de censurar los discursos de los actores armados por fuera del Estado y las radicales palabras del señor presidente, semejan la aplicación de una guerra tipo justicia infinita y menos un proceso pensado para nuestro país. Dejarnos atrapar por el discurso y las imágenes de la ola terrorífica sin siquiera preguntarnos qué significa el terrorismo y sus características, puede ser peor medicina que una enfermedad indescifrable, sobre todo cuando los llamados terrorismos quedan al vaivén de los intereses políticos y hacen de la academia un comodín para su justificación.

Valga mencionar y marcar distancia con aquellas 'teorías' del conflicto colombiano que lo han llamado 'terrorista' para el caso que nos ocupa, y sugerir no perder de vista los componentes políticos, históricos e ideológicos que mueven las lógicas de la confrontación. Ello como premisa de la responsabilidad social que los análisis (representaciones académicas) poseen y agencian, quizás de manera impredecible, en diversos ordenes sociales, lo cual hace clave tener en cuenta que, de un lado, señalar o nombrar de algún modo al conflicto (guerra de guerrillas, guerra de posiciones, conflicto interno o terrorismo) no es una acción neutral y marca los alcances no sólo de la interpretación sino de las acciones de guerra políticas, jurídicas y de su resolución, indicando un rumbo posible que tiende, según la opción, a una mirada única. De otro

lado, la nominación del conflicto supone una-otra interpretación de aquellos actores que pretenden resolverlo, lo cual en el actual contexto ha significado colocar en entredicho la normatividad internacional (caso de la ONU) y por extensión la normatividad nacional para tramitar dicho conflicto. En nuestro caso las reformas constitucionales que se están proponiendo pretenden transformar el estado social de derecho, por un estado que se ajuste no a una resolución con un actor político sino terrorista, con la excepción del proceso con las AUC, a la cual se le está dando prioridad y construyendo el escenario político y jurídico de legitimación. Es decir, representarse o promover ciertas representaciones de la guerra, el conflicto, sus actores y soluciones, obedecen a una práctica o puesta en marcha de un régimen de representación de nuestra realidad que puede ser monológico o, en su defecto, dialógico.

Esta diferencia de regimenes de representación es fundamental para interpretar la realidad, y nos la ha sugerido de manera importante Cristina Rojas. Ella ha diferenciado entre aquello que Mijail Bakhtin denominó monologismo, que opera en la construcción y comprensión del otro y la realidad desde una y única posición del interprete que se encuentra o se coloca fuera de ese mundo y gentes que interpreta, y "cierra el mundo representado y las personas representadas". Régimen que reproduce las lógicas positivistas de pensamiento y las lógicas del poder que pretenden normalizar, en sentido foucaultiano, en una versión del mundo la diversidad que lo conforma. Ante ello se propone un régimen de representación dialógico que supone reconocer "encuentros, solapamientos e intercambios entre interpretaciones locales y externas. Los regimenes de representación son espacios de deseo y violencia, también de cesación de viejos órdenes de representación y, por ende, espacios donde es necesario solucionar la violencia... (y)... supone la presencia de actores luchando por su reconocimiento"[Rojas, 2001: 27-28]. Así, no se trata de promover alinderamientos obtusos que reduzcan la complejidad y conflictividad social, en su lugar se propone una lectura y representación crítica de las diversas tramas políticas, culturales, económicas que configuran la historicidad de nuestra guerra en el actual contexto de globalización. El régimen de representación dialógico configura, en su ejercicio interpretativo, un escenario, campo o croquis de la guerra o el conflicto, que acentúa la diversidad de actores, luchas, escenarios e intereses en tensión y, de la misma manera, salidas posibles o alternativas que emergen de la

tensión misma y de un afuera distante y normalizador. Ello en la idea de hacerle frente a la advertencia de Eric Hobsbawm

"se ha planteado una cuestión menos vergonzosa, si no en relación con la guerra de Irak, sí a menos en referencia a la afirmación general de que en una época de barbarie, violencia y desorden global crecientes, las intervenciones armadas transfronterizas destinadas a salvaguardar o a establecer los derechos humanos resultan legítimas y a veces necesarias. Para algunos, esto implica que es deseable la existencia de una hegemonía imperial mundial, y más concretamente la de una hegemonía ejercida por la única potencia capaz de imponerla: los Estados Unidos de América" (Hobsbawm, 2007: XIV)

De ahí que pensar y descifrar estas lógicas de las guerras contemporáneas desde un régimen de representación dialógico, implica resaltar un aspecto que tiende a oscurecerse u opacarse en las interpretaciones que pretenden controlar y darle solución inmediata y/o desde la fuerza un tanto violenta al asunto, ese aspecto es la historicidad de esas guerras y, por tanto, de sus contextos particulares de agenciamiento. Contextos e historicidad que dotan de una identidad local, propia y situada a los actores en conflicto, sus repertorios políticos, tácticas de confrontación y posibles rutas de salida. Ante una ola de representación que pretende homogenizar las guerras del mundo, es importante un imperativo disidente que abogue por un contextualismo radical de ellas. Frente a las disyuntivas e incertidumbres por nombrar y representar el conflicto y sus actores, bien valen recordar las palabras de Zygmunt Bauman, en la idea de colocar cierto énfasis en la responsabilidad a la hora de la labor interpretativa de la sociedad: "las palabras de moda tienden a sufrir la misma suerte: a medida que pretenden dar transparencia a más y más procesos, ellas mismas se vuelven opacas; a medida que excluyen y reemplazan verdades ortodoxas, se van transformando en cánones que no admiten disputa. Las prácticas humanas que el concepto original intentaba aprehender se pierden de vista, y al expresar 'certeramente' los 'hechos concretos' del 'mundo real', el término se declara inmune a todo cuestionamiento". La palabra terrorismo no es la excepción.

Bibliografía

- Álex Grijelmo, La seducción de las palabras, Editorial. Punto de lectura, España, 2004 (2002)
- Amin Maalouf, Identidades Asesinas, ed. Alianza Editorial, 2001, (1999)
- Plinio Apuleyo Mendoza, 'El caramelo envenenado', en: Periódico El Espectador, 21 de octubre
- Pierre Bourdieu, El Racismo de la Inteligencia, en: Sociología y Cultura, Editorial. Grijalbo
- Caro Baroja Julio, Terror y Terrorismo, Editorial. Plaza y Janes, Barcelona, 1987
- Cristina Rojas (2001) Civilización y violencia. La búsqueda de la identidad en la Colombia del siglo XIX, ed. Norma, Bogotá
- David Slater (2001), "Repensar la espacialidad de los movimientos sociales: fronteras, cultura y política en la era global", en: Política cultural y cultura política. Una nueva mirada sobre los movimientos sociales latinoamericanos, ed. Taurus ICANH, Bogotá.
- Donald Rumsfeld, "Hacia un marco estratégico de comunicaciones. La guerra de los medios contra el terror", en: Periódico El Tiempo, 26 Febrero, 2006, Bogotá
- Fernando Cruz Kronfly, La tierra que atardece. Ensayos sobre la modernidad y la contemporaneidad, Editorial. Ariel, Bogotá, 1998
- Sigmund Freud, Lo Siniestro, en: Obras Completas, Editorial. Orbis, Hyspamerica, Vol. 13, 1993, - 1919-
- George Yudice, "La globalización de la cultura y la nueva sociedad civil", en: Política cultural y cultura política. Una nueva mirada sobre los movimientos sociales latinoamericanos, ed. Taurus, Ichan, 2001
- Eric Hobsbawm (2007), Guerra y paz en el siglo XXI, editorial Crítica, Barcelona.
- Erwing Goffman, Estigma. La identidad deteriorada, Editorial. Amorrortu, Buenos Aires, 1995.
- Judith Butler (2005), Cuerpos que importan sobre los límites materiales y discursivos del "sexo", editorial Paidós, Buenos Aires.
- Jurgen Habermas, El occidente escindido, Editorial. Trotta, Madrid, 2006
- María Victoria Uribe, Antropología de la inhumanidad. Un ensayo interpretativo sobre el terror en Colombia, ed. Norma, Bogotá, 2004
- Norbert Lechner, Los patios interiores de la democracia. Subjetividad y política, Fondo de Cultura Económica, México, 1990.
- Luis Noé Ochoa, 'Las Farc sacan sangre', en: Periódico El Tiempo, 13 de octubre, 2001
- Paul Virilio, El procedimiento silencio, ed. Paidós, Argentina, 2001, (2000).
- Pierre Boudieu, Sobre la televisión, Editorial. Anagrama, Barcelona, 1996.

- Rossana Reguillo, 'Los laberintos del miedo. Un recorrido para fin de siglo', en: Revista de Estudios Sociales, No 5, Bogotá, 2000
- Renan Silva, País difícil ... Universidad difícil. (Notas sin conclusiones), en: Pagina Web Biblioteca Luis Ángel Arango
- Zygmunt Bauman, La globalización. Consecuencia humanas, edt. Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 1999 (1998)
- , En busca de la política, Editorial. Fondo de Cultura Económica,
- , La sociedad sitiada, Editorial. Fondo de Cultura Económica, Argentina, 2005, (2002).
- , Vidas desperdiciadas. La modernidad y sus parias, Editorial. Paidós, Barcelona, 2005 (2004)

Recibido: junio 2007

Aprobado: septiembre 2007